



---

## ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

---

### BACH Y SU ÉPOCA<sup>1</sup>

CORRIENTES Y FIGURAS DE LA FILOSOFÍA ALEMANA

EN LA ÉPOCA DE BACH<sup>2</sup>

FRANCISCO ROMERO

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente en *Cursos y Conferencias*, Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores, Volumen XLIV, N° 259-260-261, Año XII, Octubre-Noviembre-Diciembre, Buenos Aires, 1953.

<sup>2</sup> En homenaje a Juan Sebastián Bach en ocasión del segundo centenario de su muerte, el *Colegio Libre* organizó en 1950 un curso colectivo en el cual participaron los profesores Francisco Romero, José Luis Romero, Jorge Luis Borges, B. Foster Stockwell, Erwin Leuchter, Leopoldo Hurtado y Ernesto Epstein. La intensa actividad desplegada por el *Colegio* en los años que siguieron al 1950, que reclamaba la reproducción más o menos inmediata, por diversos motivos, en *Cursos y Conferencias*, de las diversas materias expuestas en el aula, fue causa de que se aplazara hasta ahora la publicación de las disertaciones que formaron aquel curso, así como ha ocurrido con otros trabajos de no menor interés. Como Bach es una presencia viva en la música ahora y siempre, la publicación que en este número hacemos de algunas de aquellas contribuciones al conocimiento del músico y de su época será sin duda recibida con interés por nuestros lectores. No integran esta visión de conjunto la disertación de José Luis Romero, de que no se tomó versión taquigráfica, ni las de los profesores Leuchter y Epstein. por haber sido acompañadas de amplias ilustraciones musicales.

Los organizadores de este curso en que se conmemora a Bach en el segundo centenario de su muerte, no han querido que se circunscriba al estudio de la figura a que se rinde el homenaje. Han juzgado que la comprensión del insigne músico ganaría si se lo situaba en el ambiente espiritual de su época, si se bosquejaba el cuadro histórico, literario e ideológico de su tiempo. El problema concreto de las relaciones de Bach con el pensamiento filosófico que prosperaba a su alrededor no será discutido en esta exposición. Acaso, como se ha señalado, miraba más hacia el siglo en que nació – el XVII- que hacia el siguiente, en el que transcurrió la mayor parte de su existencia. Dilthey destaca su independencia respecto a la época en que vivió, y en lo contrapone a su contemporáneo Händel, que vivió penetrado por las corrientes de su tiempo. Según Dilthey, es Bach “la más alta expresión de la conciencia religiosa protestante”; alentaba en él el fervor de la Reforma, una creencia que había sido vivificada mediante el regreso a las fuentes tradicionales, y el sentido de la fe personal. Por sus más visibles aspectos, la ocasión histórica contrasta con él. En los años de la madurez de su genio, iniciaba su relación epistolar con Voltaire el príncipe heredero de Prusia, el futuro Federico el Grande, con el que en 1740 se sentó en el trono el espíritu del siglo XVIII. Los últimos diez años de Bach son los diez primeros del reinado de Federico.

#### LA FILOSOFÍA GENERAL: WOLFF, KANT, LAMBERT.

La manera más amplia y general de caracterizar el período que, en lo filosófico, corresponde a la vida de Bach, es decir que es el intervalo que va de Leibniz (1646-1716) a Kant (1724-1804). Para establecer alguna correspondencia extranjera, recordemos que la vida de Bach coincide exactamente con la del filósofo irlandés Berkeley, que en la filosofía británica es el mayor contradictor de las opiniones materialistas coetáneas, y que también es contemporáneo de los franceses Fontenelle, Maupertuis y Montesquieu, notorios artífices del pensamiento de la Ilustración; Voltaire era un poco más joven que él y fallece unos treinta años después de su muerte. Otro notable contemporáneo suyo es el famoso pensador italiano Juan Bautista Vico (1668-1744).

El nacimiento de Bach coincide con un acontecimiento intelectual digno de recuerdo. Entre 1684 y 1686 –Bach nace entre ambas fechas, en 1685- pone Leibniz las bases del cálculo infinitesimal. La única obra filosófica que Leibniz publica durante su vida como libro, la Teodicea, sale en 1710, cuando Leibniz contaba con veinticinco años. Luego van saliendo, póstumos, otros importantes escritos suyos. Su pensamiento y su influencia son importantes durante todo este período. Mente universal, especie de Aristóteles moderno, Leibniz fue, antes y por encima de todo, filósofo; pero fue también teólogo, matemático insigne, investigador científico, jurista, historiador; fue también un político en varios sentidos, un político de la ciencia y de la cultura, que imaginaba sin descanso recursos y procedimientos para organizar y promover la vida

intelectual, y además, un político en el sentido corriente, que propuso e intentó llevar adelante planes para la unificación y concordia religiosas y para apartar de Alemania ciertos peligros que veía del lado de la poderosa monarquía francesa. En cuanto filósofo, consideraba la realidad compuesta de unidades distintas e incomunicadas — las mónadas— concertadas entre sí de antemano, desde su creación por Dios, por el vínculo de la "armonía preestablecida". En su sistema, de fuerte tendencia lógica, el principio de razón suficiente desempeña un papel capital. Mientras que los otros grandes racionalistas modernos, un Descartes, un Spinoza, se preocupaban escasamente de la historia de la filosofía, Leibniz muestra un interés por el pasado filosófico que es una novedad en su época y que había de tener más adelante grandes consecuencias. Lejos de renegar, como era lo habitual entonces, de todo lo anterior, enuncia genialmente la idea de la "perenne filosofía", de la filosofía como una gran integración, como una tarea de siglos en la que los resultados positivos se van acumulando en una gran corriente única.

Un pensador que en parte lo continúa, que se suele considerar como secuaz suyo, viene a ocupar el lugar céntrico en el panorama de la filosofía germánica: Wolff, nacido pocos años antes que Bach.

Cristian Wolff (1679-1754) no se consideraba a sí mismo un discípulo de Leibniz, pero en calidad de tal ha pasado a la historia, y el conjunto de pensamientos que con él entró en las Universidades alemanas se lo denomina "filosofía leibniciano-wolfiana". Carecía Wolff de la genialidad de Leibniz y aun de cualquier género de genialidad; no se le puede negar, en cambio, que fuese una mente laboriosa, un talento tenazmente productivo. Los más importantes e incitantes puntos de vista de Leibniz se achican en él o son suprimidos; la religiosidad de gran estilo del autor de la *Teodicea* pasa a veces a ser un providencialismo de párroco aldeano. Era pedante, formalista, desprovisto de originalidad, hasta trivial con frecuencia. Pero suele suceder que ciertos logros que le son vedados a la opulencia genial están al alcance de una fortuna intelectual modesta. Leibniz había emprendido demasiadas faenas. Había dejado su obra filosófica dispersa y en gran parte inédita; más germinal que sistemático, y también por haber expuesto sus ideas en términos diferentes, un poco al azar de cada ocasión y redactadas en cada caso según la índole de los destinatarios, no se está muy en claro sobre puntos fundamentales de su doctrina, que son todavía interpretados diversamente; masas ingentes de manuscritos suyos quedan por publicar. No era, pues, un pensador adecuado para servir de enseñanza, y tampoco podía la Alemania del siglo XVIII modernizar la enseñanza universitaria de la filosofía, tolerar que excluido el mayor filósofo germánico de la época. La aparición de Wolff vino a salvar la situación. Su leibnicianismo recortado, modificado, rigurosamente sistematizado, no presentaba ninguno de los inconvenientes del original, aunque, como veremos, no le evitó un grave incidente. Se le asigna el mérito de haber fijado en gran parte la terminología filosófica alemana, cosa sin duda secundaria que no deja de tener su

importancia. Sus ideas gozaron de una gran difusión, así académica como extraacadémica, y hacia el su vida halló un entusiasta divulgador en uno de sus discípulos: Formey, quien lo expuso en forma accesible en una obra escrita en francés, en seis volúmenes, a la que puso un título por demás curioso y extravagante: *La Bella Wolfiana* (La Haya, 1741-1753).

Como se ha dicho, se atribuye a Wolff el mérito de haber contribuido antes que otro alguno a establecer en su patria una terminología filosófica segura. Leibniz había escrito la *Teodicea*, los *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano* y otros trabajos importantes en francés; había escrito también de filosofía en latín, y algo en alemán. Wolff adopta resueltamente el alemán, idioma en la que está la versión más compacta y legible de su filosofía, aunque la expuso además en latín, en una farragosa serie de veintitantos grandes volúmenes. La serie alemana significaba una notable— y aun se podría decir que decisiva— aportación al lenguaje filosófico moderno, por las propensiones pedantescas del autor; lo que, visto con otro enfoque, eran limitaciones, resultaban virtudes por este lado. Esto volúmenes llevan el título general de *Pensamientos racionales*, antepuesto a la enunciación del asunto de cada uno. Uno de ellos se intitula así: *Pensamientos racionales sobre Dios, el mundo y el alma del hombre, y también sobre todas las cosas en general*, rótulo que recuerda al Teufelsdröckh del *Sartor Resartus* de Carlyle, que se presentaba como "Professor der Allerlei-Wissenschaft", lo cual, aclara Carlyle, es como si dijéramos "Profesor de cosas en general".

La filosofía es para Wolff la ciencia de todas las cosas y de cómo y por qué son posibles. Su obra adquiere así un sentido total y enciclopédico, muy alejado del carácter a veces parcial que revestía la de los grandes filósofos modernos anteriores a él, los fundadores de la filosofía nueva, que debieron consagrar enormes esfuerzos a la investigación de ciertos problemas que importaban especialmente para la renovación del pensamiento. En realidad, era el primer intento de dar en un cuerpo orgánico el pensamiento nuevo, una vez cumplido el ciclo de los insignes creadores que ilustraron el siglo XVII. La lógica se situaba al comienzo, como una propedéutica general. La metafísica, o filosofía teórica, se dividía, según un esquema que llegó a ser clásico, en ontología, psicología racional, cosmología y teología racional. La filosofía de la práctica se ramificaba en ética, económica -y política. La estética no tenía señalado puesto en esta sistematización, pero bien pronto había de reclamar su inclusión normal en la sistemática filosófica, por empeño del más considerable discípulo de Wolff, Baumgarten.

Wolff fue designado profesor en la Universidad de Halle por recomendación de Leibniz, que era amigo suyo -y personalidad influyente. Entró como profesor de matemática, pero dictó después casi todas las materias filosóficas. Así como la obra escrita de Wolff es, podríamos decir, una organización enciclopédica y rigurosamente

sistematizada de la filosofía a tono con la época, por su difusión e influjo y por su implantación en la cátedra, se podría decir también que es acaso el episodio principal en el reconocimiento público y aun oficial del movimiento filosófico moderno. Descartes, Spinoza y Leibniz no habían sido profesores de filosofía; tampoco lo fueron Hobbes, Locke, Berkeley, Hume. Mientras germina y se constituye, el pensamiento nuevo se mantiene alejado de la cátedra y aun desprovisto de cualquier autoridad comúnmente reconocida; sus distintas direcciones combaten entre sí, y todas ellas adelantan bajo la mirada vigilante y suspicaz del pensamiento tradicional, sólidamente encastillado en las Universidades. El cartesianismo se había infiltrado una y otra vez en las Universidades, pero había tenido que desafiar leonadas resistencias y había debido librar reñidas batallas. El ingreso normal ocurre con Wolff, y éste es el hecho que debe ser deseado aquí. Los méritos del pensador están sin duda muy por debajo del prestigio de que gozó; el valor de su doctrina es inferior a magnitud del acontecimiento que significa la incorporación en escala de un tipo de pensamiento nuevo a la vida pública y oficial del espíritu científico. Tras él, las Universidades se van abriendo a la conciencia filosófica moderna y los pensadores ocupan el sitio que de derecho les corresponde, la cátedra en los centros de superiores, con una situación bien determinada en la sociedad y escuchados por auditorios regulares en los cuales fructificará su enseñanza.

No quiere decir esto, de ninguna manera, que la entrada de la filosofía en las aulas de la docencia superior trajera consigo en adelante una tranquilidad continua para el filósofo. Los conflictos menudearon ya entonces y siguieron produciéndose después. Fueron ejemplos notorios poco más adelante, en los años postreros del mismo siglo XVII, el ataque llevado contra Kant durante la etapa de cruda reacción e intolerancia instaurada por Federico Guillermo II de Prusia y su ministro Woellner, y, por ese mismo tiempo, las denuncias y persecuciones contra Fichte, que determinaron su alejamiento de la Universidad de Jena. Instalada a partir de Wolff la filosofía nueva en las Universidades, se convirtió en ellas en su natural inquilino, pero un inquilino sobre quien podía recaer en cualquier instante un mandato de desalojo.

Wolff no escapó a esta suerte. En los episodios de esta índole nunca faltan los aspectos cómicos. Para el caso posterior de Kant, la comicidad reside en el hecho de que el monarca que tan severamente amonestó al filósofo por ciertas doctrinas suyas, y aun estuvo a punto de interrumpir su carrera académica, era un apasionado admirador del famoso mago y farsante Cagliostro. En el caso de Wolff, como se verá, lo ocurrido revistió contornos de comedia bufa.

No sólo por su participación en el episodio, sino también por constituir una corriente espiritual de la época que nos interesa, conviene decir dos palabras sobre el pietismo. En varios países europeos, los de vida espiritual más intensa, Francia, Holanda, Inglaterra, Alemania, se desarrollan durante la Edad Moderna ciertos

movimientos religiosos que no pretenden ir contra el dogma reconocido oficialmente, sino que más bien aspiran simultáneamente a mayor libertad individual y a más rigurosa obediencia al dogma, exigiendo también por lo común mayor severidad en las costumbres, una más estricta actitud moral frente a los usos mundanos. En Francia tales exigencias las encarnó el jansenismo, que atrajo a sí a tantas ilustres personalidades —Pascal entre ellas— y que combatió duramente a los jesuitas. Con caracteres diferentes creció en Inglaterra el puritanismo. En Alemania las tendencias afines debieron atenuar sus requerimientos, por imperio de las circunstancias. El mismo movimiento —escribe Dilthey— tomó luego en Alemania la forma del pietismo. Los príncipes alemanes habían reprimido con mano de hierro las sectas, y, así, dentro de las mismas iglesias de estado es donde los círculos pietistas se oponen a los métodos oficiales de una tranquila y regular piedad dogmática. Entre las consecuencias del cambio hubo dos especialmente importantes. Las sectas y el pietismo obraron mucho más enérgicamente que las iglesias sobre la moralidad personal y la disciplina religiosa... El pietismo no podía menos de combatir a la ciencia moderna, si no quería ser destruido por ella. Igualmente se mostró incapaz de intervenir en la lucha de las fuerzas históricas con ese espíritu optimista que no debe dejarse dominar por los principios de una estrecha moral privada. Su mejor lado es el de la delicada sensibilidad moral que llama ante el juez de la conciencia a los más ligeros movimientos de la propia intimidad y vive en el retiro de una libre comunidad religiosa con correligionarios. Por este lado contribuyó a aumentar en grado respetable las virtudes de la honrada burguesía y practicó una oposición muy digna de nota a las costumbres francesas de la nobleza. En lo tocante a las relaciones del pietismo con las artes, observa el mismo Dilthey que a medida que se destacaba el arte profano alemán, con su nuevo ideal de vida, el pietismo volvió a mostrar su cacidad para hacer justicia a la riqueza de motivos de la existencia moderna.

Estrictez y estrechez son palabras de idéntica etimología; la estrictez pietista fue con frecuencia estrechez, sobre todo en los asuntos intelectuales, donde ni siquiera ofrecía la ventaja de ser un correctivo para los extravíos y ligerezas de la conducta. El progreso evidente del racionalismo de Wolff, sus éxitos de cátedra y la difusión de sus escritos, alarmaron e irritaron a los teólogos pietistas de Halle. Parece que se desencadenó la tormenta con motivo de una disertación de Wolff en la que alabó al filósofo chino Confucio, ponderando la pureza de su moral; llegó a decir que la moral de Confucio conciliaba muy bien con la suya propia. Los pietistas de la universidad vieron llegado el momento de cortar el vuelo a la mayor fuerza intelectual moderna que percibían en su horizonte, al hombre que con más amplitud y vigor encarnaba la inteligencia nueva. En la filosofía de Wolff, como en la de Leibniz, el principio de razón suficiente desempeña un papel excepcional. Se trata del principio lógico-ontológico del que después había de sacar tanto partido Schopenhauer, hasta el punto de explicar por él todo el funcionamiento de la razón y deducir de él todas las categorías, convirtiéndolo así en la clave del conocimiento racional. Para Wolff el

principio de razón suficiente era sobre todo un principio ontológico, concerniente a las cosas mismas antes que a su conocimiento; su racionalismo viene a pender de este gran soporte. La fórmula del principio, tomada concisamente, es así: Nada existe sin una razón ser, esto es, sin una razón suficiente para que sea. Por lo tanto, todo ocurre porque una razón suficiente previa lo determina a ser y a ser tal como es. El principio era aplicado en la metafísica, como recurso supremo para racionalizar la realidad, y también en la teología racional, como prueba de la existencia de Dios en cuanto razón suficiente del mundo. Los pietistas encontraron por aquí un argumento capaz de poner de su parte al rey, el avaro, tiránico y brutal Federico Guillermo I, el llamado Rey-Sargento, creador del militarismo prusiano, que profesaba odio profundo a la filosofía y desconfiaba de los filósofos. Según se cree, se hizo notar al rey que las consecuencias del principio de razón suficiente importaban un peligro bíblico; que si sus granaderos incurrieran, en deserción, de acuerdo con la doctrina de Wolff no se los podría castigar, ya que habrían, tenido su razón suficiente para desertar. Los denunciadores sabían muy bien lo que hacían. Los granaderos eran la debilidad de Federico Guillermo. Componían un regimiento de gigantes, y, si hemos de creer a Voltaire, para tener hombres de talla excepcional los mandaba comprar hasta en los confines de Europa y Asia. Así como Nietzsche había de decir: "Que sea la -vida y que perezca la verdad", Federico Guillermo se dijo sin duda: "Que se fusile a los granaderos desertores, y que el principio de razón suficiente perezca". Por un decreto del año 1723 Wolff fue dejado cesante bajo pretexto de impiedad y se le conminó a abandonar los estados del rey en el término de cuarenta y ocho horas, so pena de ser ahorcado. Al pobre Wolff no le quedó más consuelo que pensar que nada ocurre sin su razón suficiente.

Wolff se trasladó a Marburgo, donde siguió filosofando. Se había conquistado entre tanto un lector en el príncipe heredero de Prusia; un lector atento, aunque no muy respetuoso, si es cierto, como cuenta Voltaire, que lo calificaba de "escritor farragoso". El futuro Federico el Grande era totalmente distinto de su padre, dado a toda clase de intereses científicos y artísticos, y con una concepción muy diferente del gobierno y del listado. Cuando el príncipe llegó al trono, una de sus primeras preocupaciones fue el fomento en gran escala de las actividades intelectuales, y una de sus primeras medidas fue la ampliación y renovación de la Academia Prusiana de Ciencias, a la que quiso atraer a multitud de sabios y escritores, en especial franceses, y cuya presidencia ofreció a Maupertuis, con el consabido desagrado de Voltaire, radicado también en la corte prusiana por insistente sollicitación de Federico. El rey tenía gran interés en que Wolff fuera uno de los miembros de la Academia; quería compensar así el agravio inferido al filósofo por su padre, y también aprovechar sus conocimientos y virtudes didácticas, que parecen haber sido excepcionales. Wolff no consintió; prefirió su antigua cátedra de Halle y seguir siendo en ella "profesor del género humano" —como ambiciosamente se titulaba a sí mismo— a ser uno más entre los académicos de Berlín, sobre todo en vista de que la restaurada Academia

tenía ahora nombre francés, había adoptado el francés como idioma oficial y estaba presidida por el francés Maupertuis.

Wolff murió el año 1754, esto es, cuatro años después que Bach. Pese a sus limitaciones y a los contratiempos, fue la figura intelectual más influyente en la Alemania de su tiempo. Si me he extendido en ciertos detalles que pudieran ser calificados de externos, es porque no intento trazar meramente el cuadro de las doctrinas, sino también el de la vida filosófica de aquel tiempo, con las agitaciones y conflictos que la caracterizan. Para los pensadores del siglo XVII se puede sin gran perjuicio eliminar o reducir al mínimo la referencia a lo social y biográfico; concentrados en sí los mayores de ellos, atentos principalmente a incubar sus sistemas, su existencia suele identificarse con su pensamiento y su biografía esencial es la de sus ideas. Muy otro es el caso para estos hombres del siglo XVIII, una de cuyas faenas fue la de implantar el pensamiento nuevo en la vida del siglo. El siglo XVIII fue un gran siglo político, y en la política las vidas humanas se juegan enteras. Me interesa también recordar estas vidas, porque lo que se pretende aquí es evocar el ambiente o clima espiritual que circundaba a Bach, y para ello es probablemente más útil y significativo referir una anécdota gráfica, por lo común traspapelada, que insistir en las teorías, siempre al alcance de la mano en los tratados usuales.

Wolff alcanzó a presenciar su triunfo. No se debió éste únicamente al innegable volumen de su personalidad filosófica, sino también a la sistematicidad y a la eficacia didáctica de su pensamiento, de sus escritos y de sus lecciones. Una organización cómoda y manejable, con distinciones abundantes, y una progresión claramente establecida, son condiciones que contribuyen notablemente al porvenir de una filosofía, sobre todo al más inmediato y a cuanto tiene que ver con la aplicación escolar. Y de esto último se trataba en primer término. La oposición, sin embargo, no descansaba, y venía particularmente del rector que había llevado la gran ofensiva contra Wolff durante el reinado anterior, del lado religioso y ante todo de los grupos pietistas; pero no era tan temible en la época de Federico el Grande como había sido en la de su antecesor.

En 1724, esto es, al año siguiente de haber sido expulsado Wolff de su cátedra y del reino, había ocurrido un acontecimiento que no podía ser tenido por tal entonces, pero que lo fue para la posteridad: había nacido en Königsberg un niño al que se le puso el nombre de Immanuel, que llegaría a ser el más grande e ilustre de los pensadores modernos: Manuel Kant. El legado espiritual de Wolff viene a cobrar ahora un nuevo sentido: es el mundo de ideas que encuentra el joven Kant y en el cual se forma. Entre los wolfianos ocupa un puesto distinguido Martín Knutzen, fallecido un año después que Bach, quien se inclinó al racionalismo pero estuvo influido igualmente por el pietismo, y aun buscó en su filosofía una conciliación de ambos; profesó, al lado de los estudios filosóficos, los matemáticos y astronómicos. Autor de libros que fueron

celebrados en su tiempo, ha pasado a la historia sobre todo como maestro de Kant. Se sabe que Kant escuchó con mucho interés sus lecciones y fue atraído por él al estudio de la filosofía y de las ciencias naturales, pero el maestro no dejó una huella muy visible en la posterior evolución filosófica de su gran alumno. Discípulo indirecto de Wolff —por intermedio de Baumgarten— era Meier, otro influyente pensador de la época, colaborador de Baumgarten y notable estético él mismo, a quien Federico el Grande, interesado en apresurar el despliegue de la Ilustración, utilizó para introducir las doctrinas del inglés Locke en Alemania. Parece que Kant lo estimaba bastante, porque utilizaba un libro suyo como texto en sus cursos; el librito que se conoce como *Lógica* de Kant fue reconstituido con las anotaciones puestas por Kant al margen de la obra de Meier y con papeles que había intercalado entre sus páginas, en la preparación de sus lecciones. Otro personaje interesante de la filosofía de entonces es Lambert, cuya vida corre de 1728 a 1777. Un poco olvidado ahora, no lo es del todo, por los especialistas. En su tiempo, su prestigio fue enorme. Kant, que era unos años más viejo, pero que maduró más tardíamente —y por eso lo dejamos fuera de nuestro cuadró le profesaba gran respeto. Lambert publicó su obra principal, con el título baconiano de *Nuevo órgano*, en 1764; al año siguiente lo calificaba Kant de "el primer genio de Alemania", y en otra oportunidad le escribió que no quería mantener en sus propios escritos una sola frase con la que Lambert no estuviera conforme. Lambert había nacido en Alsacia, donde su abuelo, francés, se había refugiado huyendo de las persecuciones religiosas. Como otros altos espíritus de su tiempo, cultivó con apasionamiento las ciencias simultáneamente con la filosofía, fue matemático, físico y astrónomo; en lo filosófico, se distinguió particularmente en la lógica y la teoría del conocimiento. Se le debe una teoría cosmológica que coincide curiosamente en sus líneas capitales y aun en detalles con la que propuso Kant en su *Historia natural y teoría del cielo*. No me resisto a referir una anécdota muy singular que le concierne. Enfermo gravemente del pulmón, este gran investigador y constructor de teorías filosóficas y científicas se fraguó una teoría sobre su propia dolencia, que acaso apresuró su fin. Se persuadió de que su caja torácica encerraba alrededor de ocho mil pequeños abscesos, que debía expulsar poco a poco; murió cuando, según la cuenta que había llevado, debía estar casi sano. No contaba todavía cincuenta años. En el elogio que de él se hizo en la Academia, se dijo que "la naturaleza necesita siglos para producir un genio como el suyo". Aun descartando la exageración habitual en la retórica académica y mortuoria, la ponderación no se hallaba muy distante de lo que se pensaba de Lambert por entonces.

## BAUMGARTEN Y LA ESTÉTICA

Entre los discípulos y seguidores de Wolff que cité antes, no incluí a Baumgarten, el más notable de todos ellos, porque merece ser tratado separadamente. Baumgarten

ha sido considerado algunas veces como el fundador de la estética, aunque muchas más se le ha negado ese mérito. Menéndez Pelayo dice de él que "tuvo la gloria de dar nombre al conjunto de observaciones sobre el sentimiento de lo bello, que desde Platón venían vagando por los tratados de filosofía sin encontrar asiento ni lugar propio". "La obra de Baumgarten —escribe Croce— es aún una voz del problema estético, que reclama su solución; una voz tanto más fuerte cuanto que pronuncia una palabra de orden; proclama una nueva ciencia, que se presenta en un completo acomodo escolar; a lo que está por nacer otorga un anticipado bautismo, y lo llama: Estética, con un nombre que quedara. Pero el nombre nuevo está en él vacío de contenido verdaderamente nuevo". Sea como fuere, desde Baumgarten ocupa la estética, no sólo un puesto, sino uno de los más importantes, en el complejo filosófico. La organización por Wolff de un sistema en el que la filosofía moderna, por primera vez, aparecía como un conjunto ordenado y jerárquico de disciplinas, con la pretensión de cubrir todo el campo del pensamiento, ha de haber sido un estímulo para buscar nombre y sitio fijo a lo que hasta entonces no era sino un conjunto de reflexiones y un grupo de problemas dispersos, examinados muchas veces con un criterio ocasional y empírico, sin mayor preocupación por las cuestiones fundamentales, sin que se cumpliera un gran esfuerzo para descubrir los principios organizadores. Para Baumgarten, la ciencia del conocimiento humano se antepone sistemáticamente a la metafísica, y la llama "gnoseología", designación que ha perdurado al lado de la de "teoría del conocimiento". El conocimiento es de dos clases: sensible e intelectual; al estudio del primero se aplica la estética, y al del segundo, la lógica. La estética, por lo tanto, tiene en Baumgarten un ámbito mucho más ancho que en los tratadistas actuales; no es solamente la ciencia de los hechos que hoy denominamos estéticos, sino también la de todo el conocimiento sensible o inferior, y si abarca tanto este tipo de conocimiento como los que ahora llamamos hechos estéticos, es porque la belleza es considerada como la perfección del conocimiento sensible. Esta concepción de la belleza es subjetiva, porque depende del conocimiento de las cosas, no de las cosas conocidas; se aparta y deja de lado la belleza de las cosas mismas, y una cosa por sí bella puede ser conocida imperfecta y feamente, y una cosa fea, a la inversa, en manera bella y perfecta. Una importante opinión de Baumgarten es que la cultura estética constituye para el hombre un deber moral; hay aquí un rudimentario adelanto de la tesis de Max Scheler, según la cual la realización de cualquier valor positivo es *ipso facto* a su vez un valor ético. La *Estética* apareció en 1758, pero sus ideas principales habían germinado tempranamente en la mente del autor, y se encuentran ya en la tesis doctoral que publicó en 1735, cuando contaba apenas veintiún años de edad.

LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA: BRUCKER

De ordinario se reconoce la importancia de esta definitiva incorporación de la estética a la enciclopedia filosófica, cumplida por el empeño de Baumgarten, juzgúese como se juzgue el valor y alcance de su personal aportación al asunto. En cambio, no es corriente que se tenga en cuenta otro enriquecimiento que experimentan por la misma época los estudios filosóficos. Me refiero a la aparición de la historia de la filosofía como disciplina histórico-crítica, sobre base documental y filológica y con sentido propiamente filosófico.

Antes de este período no existía la disciplina que llamamos historia de la filosofía; no existía, por lo menos, como amplio cuadro histórico, a la altura, en su propio terreno, de lo que era la filosofía doctrinal o teórica. La Antigüedad nos ha legado fragmentos históricos notables, como, por ejemplo, el que se halla en el primer libro de la *Metafísica* de Aristóteles y la obra de Diógenes Laercio. Pero más adelante no se siguió por la vía que señalaban estos ilustres antecedentes. En lugar de practicar la parsimonia crítica y la rebusca erudita, se cayó en problemas fantásticos, de una ingenuidad sorprendente. Muy en serio se discutían los orígenes de la filosofía a partir de Adán, y muchas veces se introducían también personajes ultraterrenos, como los ángeles y las ánimas del purgatorio. En una época en que la filosofía moderna encarnaba en hombres como Descartes y Spinoza, en pleno siglo XVII, un historiador inglés de la filosofía, llamado Horn, se refería a los conocimientos matemáticos, físicos, astronómicos y aun lógicos de Adán, y lo calificaba de habilísimo filósofo, lo que se prueba, según Horn, porque es seguro que el primer hombre escribió varios libros. No importa, agrega, que los libros que se le atribuyen sean apócrifos o se hayan perdido, porque no se le habrían atribuido si la tradición no hubiera conservado los títulos de los libros auténticos, de los cuales fue verdadero autor. Caín fue fundador de una secta filosófica, y sembró las primeras semillas del ateísmo y del epicureísmo. Adán también había sido incluido antes en la historia de la dialéctica, por sus disputas con Eva y con la Serpiente. Basten estas muestras para que se comprenda el ingente esfuerzo que significa la creación de una seria y sólida historia de la filosofía a mediados del siglo XVIII. La abundancia increíble de mitos y tábulas y la carencia de buenos precedentes inmediatos no eran los únicos obstáculos; otro gravísimo inconveniente era el desprecio o la indiferencia por el aspecto histórico de la filosofía que dominaba en las más elevadas esferas del pensamiento. Descartes, por ejemplo, representante por excelencia e índice de su tiempo, no mostró el menor interés por la filosofía anterior a él y aun su actitud puede interpretarse como la convicción de que con él comienza la verdadera filosofía.

En la Alemania de la época que consideramos se dan por primera vez las condiciones mínimas para que surja la preocupación histórico-filosófica. El primer gran pensador moderno que hace justicia al pasado filosófico es Leibniz; no sólo admira a los antiguos, sino que insinúa una rehabilitación, muy relativa por cierto, de la Escolástica, generalmente despreciada entonces. Pero lo más considerable en él, lo

que lo define como uno de los anunciadores de la posterior historia de la filosofía, es su idea de la "filosofía perenne". Lo que nombra filosofía perenne no es un sistema de verdades fijadas y establecidas dogmáticamente de una vez por todas; no es, de ninguna manera, una sistemática filosófica impuesta por la autoridad y que deba ser acatada reverentemente; eso sería la negación de toda filosofía. Lo que entiende por filosofía perenne es la filosofía en marcha, la total evolución filosófica, en la que no ve él una serie inconexa y arbitraria de opiniones, sino una progresión en la que los resultados positivos se acumulan e integran y los negativos se anulan y eliminan. El pasaje suyo más significativo a este respecto dice más o menos así: "La verdad se halla más extendida de lo que se supone, pero se encuentra a menudo disfrazada, oscurecida y aun debilitada, mutilada, corrompida por adiciones que la echan a perder y casi la inutilizan. Si se destacan esos rasgos de la verdad entre los antiguos (o, dicho más ampliamente, entre los anteriores), se extraerá el oro del barro, el diamante de su mina, la luz de las tinieblas, y esto realmente sería la filosofía perenne". La idea de la evolución filosófica, como una integración ha alcanzado su punto culminante, como es sabido, en Hegel, en términos sin duda exagerados, porque en él el pensamiento de la continuidad arrastra consigo la desfiguración de importantes momentos históricos que no se dejan incluir mansamente en su rígido esquema preconcebido. Pero entre la opinión vulgar, que concibe la historia de la filosofía como un muestrario de teorías, y la marcha estrictamente encadenada y dirigida que supuso Hegel, hay un justo término medio que se empeña en estatuir la mejor historiografía actual. Para ello se descubren los primeros gérmenes en Leibniz, y no porque se le ocurrieran al azar, sino porque forman parte de sus concepciones más profundas y originales. Recordemos que dice en la *Monadología*: "...todo estado presente de una sustancia simple es naturalmente una consecuencia de su estado precedente, de tal modo que el presente está grávido de porvenir".

Mucho camino había de recorrerse antes de tener un cuadro adecuado del desarrollo temporal de la filosofía, cosa que no sucede hasta muy adelantado el siglo XIX. Mérito y gloria de Brucker es haber trazado la primera exposición científica de la historia de la filosofía, que, con todas sus fallas y limitaciones, es un grandioso monumento de saber y de crítica, y llegó a ser uno de los más eficaces instrumentos de aclaración y ordenación en las ideas; que proporcionó información segura en la medida que ello resultaba entonces posible, desterró infinidad de patrañas y fue el antecedente de empresas más logradas que se llevaron adelante sobre sus huellas y aun con sus materiales, pues la obra de Brucker fue saqueada más de una vez. El adelanto de la cultura no se debe sólo a los grandes creadores; sin la contribución, unas veces oscura y otras anónima, de espíritus de menor jerarquía, pero sinceramente consagrados a la faena cultural, la marcha de la civilización resultaría inconcebible. En el progreso filosófico tuvo una influencia que ahora nos es difícil estimar justicieramente este varón sabio y tenaz, que dedicó su talento y muchas

horas de duro trabajo a dar una visión limpia y ordenada del pasado filosófico, y que tiene sobradamente merecido el título de padre de la historiografía filosófica.

Brucker nació en 1696 y falleció en 1777; de profesión era pastor y se había distinguido como predicador. Desde bien pronto se despertó y fortaleció en él la vocación histórico-filosófica. Publicó en latín su grande *Historia crítica de la filosofía* en 1742-44, y en 1747 dio, también en latín, un compendio que fue durante muchos años el texto utilizado en las Universidades. Hombre de su tiempo, es uno de esos excelentes obreros del espíritu nuevo, en que fue pródigo el siglo, y que en Alemania no solían mostrar las estridencias que en Francia. Uno de los caracteres del siglo XVIII, que se representa cumplidamente en la obra de Brucker, era un universalismo tan simpático y generoso como disparatado con frecuencia por la escasez y debilidad de sus recursos. Tras el europeísmo cerrado del siglo XVII el siglo XVIII pretendía abarcar el mundo entero, en toda la extensión del tiempo y del espacio. La historia de la filosofía de Brucker responde a esas intenciones; es un panorama mundial, de una amplitud tal que ningún especialista de nuestros días se atrevería a afrontar de nuevo nada parecido. Empieza con unas consideraciones sobre la filosofía antes del Diluvio, someras y prudentes, y se extiende en el examen de la de los hebreos más remotos, caldeos, persas, hindúes, árabes, fenicios, egipcios, etíopes, celtas, romanos primitivos e hiperbóreos, todo esto bajo el rubro de "philosophia barbárica"; más detenidamente estudia la de los griegos, los romanos desde la monarquía y todo el pensamiento medieval y moderno, hasta sus días. Para completar el panorama y que nada falte, agrega al final una especie de apéndice sobre las filosofías que denomina exóticas: las de los chinos, japoneses y malabares. Como dije, esta manía del universalismo exhaustivo era muy del siglo XVIII; ya podemos imaginar qué consistencia podían tener las exposiciones de las ideas filosóficas de los hiperbóreos y de los malabares. Ni éste ni otros defectos disminuyen los méritos singulares del autor, a quien no es lícito condenar por prejuicios que fueron los de casi todos sus contemporáneos.

Intentemos una rápida recapitulación. Esta época es, como se indicó, la que tiene ante sí a Leibniz y detrás de sí a Kant. Ninguna cumbre excelsa se destaca en ella, pero sí ocurren cosas importantes. Wolff es un pensador considerable, y representa la sistematización, a su modo, del pensamiento nuevo y su introducción en la vida pública y común del tiempo. Con Baumgarten, la estética cobra conciencia de sí, recibe denominación definitiva y pasa a ocupar un puesto estable y por cierto de primera fila en la enciclopedia filosófica. Brucker funda la historia de la filosofía, inseparable desde entonces y cada vez más de la filosofía doctrinal o teórica, que en adelante nunca se desentenderá de los anteriores logros del pensamiento y aun juzgará indispensable, al encarar cada problema, repensar a fondo toda la anterior meditación tocante al asunto. Todo esto es muy propio del siglo XVIII, que se encontró con una fortuna que tenía que inventariar y que hacer producir; que debió tomar a su cargo la faena de introducir en la vida las adquisiciones del espíritu moderno, que ya llevaba casi tres

siglos de acumular riqueza, mientras la existencia de los hombres seguía circulando en gran parte por los antiguos cauces.

Rodeando los parciales movimientos de ideas a que me he referido y otros que me ha sido forzoso omitir, como estímulo y alimento de todos ellos, estaba el vasto y general espíritu de la Ilustración, el gran, movimiento de las Luces, que ha dado nombre al siglo. La Ilustración nace en Inglaterra, alrededor y a la zaga de la insigne figura de Locke, el personaje cuya influencia se extendió luego por toda la Europa culta durante el siglo XVIII. En Francia, la Ilustración recibe un notable impulso merced a las importaciones británicas que realizan Montesquieu, Voltaire y otros, y adquiere un tono combativo y una vestimenta literaria que contribuyen a su difusión por muchas partes y a la preparación del clima revolucionario. La Ilustración francesa es trasplantada a Alemania por designio y empeño de Federico el Grande, y se alía, sin confundirse con ella, a la que allí venía germinando con caracteres autóctonos y que encarnará, ya madura, en hombres como Lessing, al final del período cuya geografía esencial he procurado dibujar. Casi terminada, la etapa, Kant arrojará sobre ella una mirada retrospectiva e intentará una definición: "Ilustración —dirá— es, para el hombre, la terminación de una minoría de edad en la que se mantenía por su propia culpa". En el período al que me he venido refiriendo, pues, se prepara y adelanta en Alemania, como en toda Europa culta, el gran movimiento que señala la mayoría de edad del hombre.